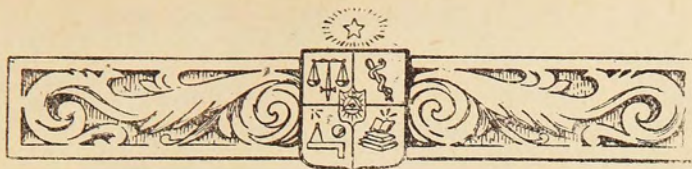


## ATENEEO DE SANTIAGO

---

Discurso pronunciado por Don FIDEL ARANEDA BRAVO  
en la sesión solemne celebrada  
en homenaje a Don RAMON SOTOMAYOR VALDES  
el 30 de Abril de 1930, día de su centenario



## ATENEEO DE SANTIAGO

---

Discurso pronunciado por Don Fidel Araneda Bravo  
en la sesión solemne celebrada  
en homenaje a Don Ramón Sotomayor Valdés  
el 30 de Abril de 1930, día de su centenario

Excemos. Srs., Señoras, Señores:

**O**CUPO esta tribuna por encargo del Directorio del Ateneo de Santiago para trazar la semblanza del ilustre historiador y diplomático don Ramón Sotomayor Valdés.

Comprendo, señores, que se me ha conferido un honor que no merezco, pero lo he aceptado porque

quería dar a conocer la vida, tan poco conocida, de esta vigorosa personalidad, a quien tanto deben las letras nacionales.

El Ateneo, al dedicar esta sesión a la memoria de Sotomayor Valdés, no ha hecho más que reconocer los valiosos servicios que prestara a nuestra cultura con su brillante pluma.

Este eminente historiador, es el mayor de los hijos de don Martín Sotomayor Vicuña y de doña Teresa Valdés y Bravo de Saravia. Nació el 30 de Abril de 1830, año de gracia en que vinieron a la vida tantos hombres que como él habían de ser después respetables figuras de la literatura y de la política, Alberto Blest Gana; el ingenioso creador de novela chilena; Ambrosio Montt y Luco, que la fama lo proclama como uno de nuestros más elocuentes oradores parlamentarios; Pedro León Gallo, simpática figura política que libró campañas memorables en defensa de las libertades públicas, y Diego Barros Arana, sabio maestro y erudito historiador, cuyo recuerdo se mantiene vivo en esta vieja casa.

Por rara coincidencia del destino, estos ciudadanos que tan decisiva influencia iban a ejercer después en los destinos de Chile, se encontraron juntos por primera vez en 1843 al iniciar sus estudios en el Instituto Nacional.

Sotomayor Valdés, creció bajo la sombra protectora de su ilustrado abuelo materno, el mayorazgo don José Antonio Valdés y García-Huidobro, en cuya casa pasó sus primeros años. Muerto su acaudalado abuelo, el joven Sotomayor Valdés,

siendo estudiante del segundo año de leyes, hubo de interrumpir sus estudios para entrar de redactor al *Mensajero*; así lo exigía el brusco cambio que sufrió la situación económica de su familia. Su madre, viuda y ciega, vivió desde entonces del trabajo de su hijo primogénito.

Como periodista, Sotomayor Valdés introdujo reformas que en ese tiempo muchos consideraron atrevidas. Entonces era una audacia hablar de libertades, especialmente en la prensa conservadora. Sólo de vez en cuando algún periodista liberal escribía uno que otro artículo invocando la libertad, que como dice con tanta razón mi ilustre amigo don Augusto Orrego Luco «era algo como cuando los poetas invocaban a Diana en sus versos, era una licencia permitida, para darle un poco de brillo a sus períodos, un poco de perfume a sus doctrinas».

Sin embargo, nuestro historiador entonaba diariamente himnos de alabanza a las libertades públicas. Toda su carrera de diarista es una lucha constante en defensa de sus principios. Siete años se consagró enteramente a esta noble tarea; primero desde las columnas de *El Mensajero*, después en *El Diario* de Valparaíso, de donde se vino a Santiago con don Juan Pablo Urzúa para fundar *El Ferrocarril*, que redactó sin interrupción hasta 1859.

Gracias a su genio creador, este diario ejerció durante cuarenta años decisiva influencia en la política chilena.

Escribió también en nuestra prensa los primeros

artículos sobre cuestiones económicas, materia que conocía perfectamente y que profundizó después, asistiendo a las clases que por ese tiempo daba el recordado sabio francés J. G. Courcelle Seneuil.

Sotomayor Valdés, que no supo nunca de claudicaciones, tuvo que dejar la redacción de *El Ferrocarril* en vista de la ruptura del Partido Conservador con el Gobierno de Montt. Redactó entonces *El Conservador*, hasta que en unión de su amigo don Diego Barros Arana fundó *La Actualidad*, que por su tenaz campaña de oposición al Gobierno fué clausurado. A raíz de este atropello se retiró del periodismo y se dedicó a las labores agrícolas. Don José V. Lastarria, haciendo justicia a la brillante actuación de Sotomayor Valdés en el diarismo, dice: «Los pelucones desligados del Gobierno fundan otro diario con el título de *El Conservador*, para defender su nueva causa, en cuya redacción inician su carrera de escritores conservadores los hoy distinguidos literatos Blanco Cuartín y Sotomayor Valdés. Ambos escritores han permanecido fieles a la causa que entonces defendieron y la lógica de su fidelidad los ha llevado a la difícil tarea de tratar de conciliar las doctrinas de su antigua devoción y los ideales del viejo régimen con las exigencias de la sociedad moderna y con los principios e interés del sistema democrático. Pero ambos se distinguen por la elevación y templanza de sus escritos y, por las dotes literarias que los colocan entre los más notables escritores contemporáneos».

Ya he dicho, señores, que Sotomayor Valdés era

conservador, pero un conservador de la vieja escuela pelucona. Como católico era un soldado bien disciplinado; capaz de hacer cualquier sacrificio por su causa.

En la sociedad de Santiago, el joven Sotomayor Valdés era muy estimado. Reunía todas las condiciones para hacerse simpático: tenía una gran figura, vestía con impecable corrección levita negra y usaba sombrero de copa alta. Delgado, de buena estatura; su ancha frente y su mirada de águila, delataban a primera vista al gran pensador. Si a su hermosa figura, agregamos su trato amable y conversación amena es fácil comprender que esa estimación era muy justificada.

En los primeros días del año 1863, fué nombrado Encargado de Negocios en Méjico. En Mayo del mismo año al hacerse cargo de su alto puesto, el pueblo mejicano era invadido por el ejército francés y amenazado seriamente de ser regido de un momento a otro por un gobierno monárquico.

Acreditado Sotomayor Valdés como Agente diplomático ante el Gobierno del Presidente Benito Juárez, su misión terminó de hecho cuando el archiduque Maximiliano de Austria aceptó el trono de los Aztecas. El Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, don Alvaro Covarrubias, notificó al representante chileno que debía presentar su carta de retiro antes que el infortunado Maximiliano fuera coronado; pero esta orden no pudo ser cumplida porque Sotomayor Valdés recibió con mucho atraso nuestras comunicaciones. De mane-

ra pues, que el diplomático de la Moneda fué testigo de la coronación del Emperador. A principios de 1864 dejó la representación diplomática, pero no regresó a Chile hasta 1866, después de haber organizado desinteresadamente el primer Banco Hipotecario en ese país. La opinión pública chilena, creyéndolo partidario del nuevo gobierno mejicano, lo recibió muy friamente; entre tanto el gobierno a cuyas instrucciones se había ajustado estrictamente, aplaudió sin reservas su actitud.

En Julio de 1866 fundó el diario *La República*, vocero de la fusión liberal-conservadora, cuyos miembros a la sazón tenían la responsabilidad del Gobierno. En general, sus editoriales sobre política carecen de brillo y colorido, y esto se debe, tal vez, a que nuestro historiador no fué nunca un político de profesión.

A fines de 1866 dejó la redacción de *La República* para incorporarse a la Cámara como diputado suplente por Rancagua.

La Facultad de Filosofía y Humanidades, conocedora de la sólida cultura humanística del joven periodista, lo eligió miembro Académico, el mismo año de 1866.

El eximio literato recibió con sorpresa esta designación y se apresuró a escribir su discurso para demostrar sus agradecimientos a la docta corporación. El 27 de Octubre tomó posesión de su cargo, leyendo un interesante discurso que versó sobre «La Formación del Diccionario Hispano Americano». Sotomayor Valdés que conocía perfectamente nuestro léxico, nos prueba en ese dis-

curso que los extranjerismos, lejos de enriquecer el idioma, lo desfiguran hasta el extremo de hacerlo «ininteligible de una generación a otra», y finalmente, propone, con clara visión del porvenir, la formación del diccionario Hispano-Americano, obra que luego será una realidad, gracias a la inteligente iniciativa de mi estimado amigo y secretario de este Ateneo, don Samuel A. Lillo, que desde su cargo de Secretario de la Academia Chilena trabaja por la formación del léxico Americano y por la celebración del Congreso del Idioma.

En las elecciones generales de 1867, fué electo diputado por Itata y Caldera. En una de sus primeras sesiones la Corporación lo eligió miembro de la Comisión de Educación y Beneficencia. Conocedor como era el nuevo parlamentario de las cuestiones educacionales, realizó en el seno de la comisión una labor silenciosa pero efectiva. En la sesión del 27 de Agosto de 1867 presentó a la consideración de sus colegas un interesante proyecto sobre «Rentas Municipales». Pocos días después dejó la representación parlamentaria por haber sido designado Ministro en Bolivia. En Septiembre de 1867 Sotomayor Valdés, acompañado de su secretario don Ventura Blanco Viel, partió para asumir su nuevo puesto. Gobernaba entonces en Bolivia el general Mariano Melgarejo, soldado inculto y déspota que había llegado a los más altos cargos de la República, gracias a su audacia. El Gobierno de Chile, que no tenía más informaciones que las proporcionadas por la prensa y las lacónicas comunicaciones oficiales, ignoraba en abso-



luto la verdadera situación de esa República y mantenía con el odioso tirano las más cordiales relaciones. Como es natural esta actitud, causaba la más justa indignación en el noble y valiente pueblo boliviano. El nuevo Agente diplomático chileno comunicó inmediatamente a nuestro Gobierno la verdadera situación en que se encontraba esa República y entonces la Cancillería pudo orientar su política sin herir al tirano ni al pueblo que lo despreciaba. Sotomayor Valdés cumplió su delicada misión con un tino y sagacidad singulares, logrando conquistarse las simpatías de la sociedad y pueblo bolivianos. Su nombre quedó vinculado a una de las más antiguas y respetables familias de esa República por su matrimonio con la señorita Edelmira de Lemoine y Jordán, nieta del padre de la patria don José Joaquín de Lemoine. De esta unión nacieron varios hijos y entre ellos, en el orden intelectual se destaca Graciela, prestigiosa educadora y poetisa delicada y armoniosa, que ha sabido honrar dignamente su memoria y ha llenado de consuelo la gloriosa ancianidad de su respetable madre. Durante los cuatro años que el historiador nos representó en el Altiplano, mantuvo una interesante correspondencia con nuestra Cancillería. En Marzo de 1871 presentó su carta de retiro al Presidente provisorio don Agustín Morales y regresó a Chile a fines del mismo año.

Poco después de su llegada publicó «La Legación de Chile en Bolivia», obra que vino a revelarnos toda la verdad acerca del drama Melgarejiano. De los libros chilenos que he leído ninguno me ha

dejado mejor impresión que «La Legación de Chile en Bolivia», porque el incomparable artista, ciñéndose estrictamente a la verdad, narra los sucesos en un estilo tan limpio y liviano que más parece una novela exquisita, que el diario de un diplomático.

Permitidme, señores, que os lea esa página brillante llena de animación y colorido en la cual Sotomayor Valdés nos relata el trágico asesinato de Belzu. «El general vencido atravesó el patio del palacio por en medio de una turba armada, en la cual se encontraban muchos soldados de su propio ejército, causando en todos una profunda sorpresa; y cuando subía la escalera, un antiguo enemigo suyo, ayudante de Belzu a la sazón, tuvo la ocurrencia de interceptarle el paso, amenazándole con un rifle. Melgarejo desvía con una mano el arma de su agresor, y le lanza con la otra un tiro mortal de pistola. Deja tendido a un lado el cadáver de esta víctima y precipita sus pasos hacia el salón en que se encuentra el general Belzu. La gente armada del patio queda sobrecogida con el incidente sangriento que acaba de presenciar, y presente aterrorizada, algo más terrible todavía. Belzu, que ha sentido la detonación de un tiro de pistola en la escalera, se alarma y se perturba, hallándose sólo en una pequeña sala contigua al salón de recepción, donde sus amigos copa en mano festejaban el triunfo. Al ver a Melgarejo que se presenta en el umbral de la puerta, pálido con la mirada chispeante y siniestra, se paraliza y tiembla y apenas pronuncia balbuciente la palabra «garantías».

«¿Las pedía o las daba?), cae herido de muerte por una bala que le asesta Melgarejo, acompañada de un apóstrofe insultante. El víctima erguido y satisfecho se presenta entonces a la muchedumbre del palacio y exclama: Beizu ha muerto ¿Quién vive ahora? ¡Algunas voces contestaron «Viva Melgarejo!»

Razón tiene, el Excmo. señor Sánchez Ramírez para decir: «El egregio escritor da tal relieve a la exposición de los acontecimientos, esculpe con mano tan experta y firme las figuras de los personajes que actuaron en la tragedia melgarejiana, reconstruye con tanta maestría el medio ambiente y la fisonomía de la época que a veces trae a la memoria al ilustre historiador brasileiro Euclides Da Cunha en su obra capital «Os Sertoes», narración maravillosa por la exactitud y el colorido de ese drama apavorante que se llamó la guerra de Canudos».

El mismo año de 1872 publicó en la *Revista Chilena*, un vibrante estudio sobre Portales. En él analiza toda la vida del organizador de nuestra República y lo vindica de los cargos de que fué víctima de parte del elemento liberal. Esta biografía y el capítulo que le consagra en su *Historia de Chile*, le han dado a Sotomayor Valdés el título de *Historiador de Portales*, título muy justo, por lo demás, puesto que ha estudiado a este gran estadista con esa imparcialidad y honradez que ha sido la característica de todas sus obras. Voy a leer la última parte de esta hermosa pieza literaria donde se deja ver el artista y el filósofo que

sabe iluminar con resplandores de oro y fuego la personalidad del Ministro-Mártir. «Portales como todos los hombres políticos de su temple tuvo fanáticos partidarios y acérrimos enemigos. Aún hoy mismo, están lejos de uniformarse los pareceres, en orden al carácter, las ideas, los propósitos y las cualidades de este estadista que tanto hizo hablar de sí mientras vivió, y que tan recordado ha sido después de su muerte.

Las pasiones que exitó con su sistema de gobierno y que han atravesado como un legado de generación en generación, el espacio de cuarenta años, comprueba desde luego la talla extraordinaria de aquel gobernante. A diferencia de los tiranos vulgares que no son más que un accidente, talvez una espriación en la vida de los pueblos y que nada crean ni establecen, porque su tiranía es secante y demoledora, Portales aparece a nuestros ojos como un poder esencialmente fecundo y creador. Los tiranos vulgares desaparecen sin dejar tras sí más que el caos y, cuando mucho, efímeras creaciones y sin merecer una lágrima ni aún de sus mismos favoritos y protegidos, Portales legó a la República toda una organización».

Sotomayor Valdés era, a la vez que un escritor galano y primoroso, un gran investigador. Pasó la mayor parte de su vida en las Bibliotecas y en los desordenados archivos de antaño, reuniendo los documentos para escribir su Historia de Chile. Sin embargo, don Domingo Amunátegui Solar afirma que Sotomayor Valdés «nunca enfrascó en el estudio de los archivos, ni gastó su vista desc-

frando los amarillentos legajos de otro tiempo».

Es demasiado prestigiosa la personalidad literaria del señor Amunátegui para que yo, novicio todavía en el estudio de la historia, pueda atreverme a refutar sus opiniones; por ahora, prefiero que hablen por mí tres reputados hombres de letras, de hispano América, conocedores de la obra del escrupuloso historiador chileno: El Excmo. señor Sánchez Ramírez, crítico de refinada cultura, dice: «Las apreciaciones de índole histórico de Sotomayor Valdés descansan por regla general sobre una sólida base de abundante y auténtica documentación».

El erudito historiador y paciente investigador boliviano doctor Alberto Gutiérrez, declara: Sotomayor Valdés ha estudiado los hechos de nuestra historia con profundo espíritu de observación, con un interés simpático por nuestro país y con un caudal de datos que ilustra y fortalece sus apreciaciones.

Finalmente voy a leerles la autorizada opinión del doctor Augusto Orrego Luco, el único escritor que hasta ahora ha hecho la biografía completa del insigne historiador: «Ese amor al pasado nos reunía a los dos alrededor de una misma mesa, hace algunos años en un salón de la Biblioteca Nacional. Eran aquellos tiempos revueltos, insípidos, incoloros y el malestar del presente nos hacía volver la vista hacia el pasado.

El acumulaba los documentos que pudieran servirle para esclarecer ese período de nuestra historia que se extiende de 1831 a 1871, el período glo-

rioso del partido conservador, el período de su esplendor y decadencia. Se complacía en acumular las pruebas del desquiciamiento político y social que había precedido a ese período».

En 1874 Sotomayor Valdés publicó su «Estudio Histórico de Bolivia bajo la administración del general José María de Achá». Creo, señores, que para formarse una idea de la magnitud de esta obra y poder apreciar debidamente el lugar que ocupa en la Historia de la literatura boliviana, basta con la opinión del doctor Alberto Gutiérrez: «Don Ramón Sotomayor Valdés, dice el historiador del Altiplano, ha producido obras de análisis de nuestra historia nacional, tan imparciales en su espíritu como fuertemente documentadas en su esencia sin hacer mérito del bello lenguaje literario con que se encuentra exornadas».

Durante un lustro el eminente historiador fué catedrático de Historia Literaria en el Instituto Nacional. Su clase era el reflejo de su gran personalidad. Enseñaba con cariño y era bondadoso porque sabía que la benevolencia es patrimonio de los grandes corazones; cautivaba a sus alumnos con su encantadora conversación y se hacía respetar por esa austeridad que caracterizó su vida púdica.

En 1875 empezó a publicar la «Historia de Chile durante los cuarenta años trascurridos de 1831-1871», obra excelente que supera a cuanto se ha escrito sobre la Administración del general Prieto. Está escrita en un estilo claro, elegante y castizo, relata los sucesos con estricto orden, comprobados

siempre con una documentación muy bien escogida. A pesar de que trata de justificar la política de los gobiernos conservadores, juzga con serena imparcialidad y con un criterio muy honrado los acontecimientos de ese período tan agitado de nuestra historia. Dan testimonio de su honradez estas líneas que confirman mis afirmaciones: «Preciso es reconocer, dice en su historia, que el cambio político operado por el partido Conservador, fué ilegítimo, por más que para su consumación se alegase la conducta refractaria de las autoridades de 1829. Ilegítimas fueron la existencia y todos los poderes establecidos a consecuencia de la revolución...»

Don Diego Barros Arana, el más erudito de nuestros historiadores, hablando de la obra de su colega dice: «Si bien es verdad que el señor Sotomayor Valdés, pretende casi sistemáticamente justificar el partido Conservador de las acusaciones de que se le ha hecho objeto y demostrar los títulos que tiene a la gratitud nacional por haber organizado definitivamente el país después de la Revolución de la Independencia, es preciso reconocer en esa defensa una sinceridad y una honradez que no le permiten falsear un sólo hecho ni siquiera desfigurar las circunstancias. Uno de los principales méritos que hallamos al libro de que damos cuenta es esa seriedad en la apreciación de los hechos de los hombres que prueba que el autor se ha penetrado de los deberes que impone el sacerdocio de la historia.»

Creo, señores, que después de las palabras de

Barros Arana, no nos queda más que decir acerca de la obra capital de nuestro historiador, que según la opinión del incomparable crítico colombiano, señor Ricardo Sánchez Ramírez: «Es un rruiseñor de la historia a la manera de Michelet o Albert Vandal».

La profunda y sólida versación que poseía Sotomayor Valdés en asuntos económicos, quedó prácticamente demostrada en los días aciagos de la guerra de 1879, cuando por exigencias del gobierno abandonó sus tareas intelectuales para ocupar el cargo de Oficial Mayor del Ministerio de Hacienda. Durante los días de la guerra se encerraba en su gabinete desde las primeras horas de la mañana y muchas veces se retiraba a las 2 y 3 de la madrugada. Abandonó todas sus ocupaciones predilectas para consagrarse enteramente a reorganizar nuestra Hacienda Pública, hasta dejarla en situación de poder hacer frente a todos los gastos de la campaña.

Cuando en 1886 se retiró del Ministerio y el gobierno quiso jubilarlo, protestó enérgicamente diciendo «¿Acaso no me han pagado doscientos pesos mensuales durante los años que he servido?» y nadie pudo convencerlo que debía aceptar la remuneración que se le ofrecía.

¡Qué extraordinaria personalidad moral, la de este gran ciudadano! Tenía veinte años de valiosos servicios, en la diplomacia, en el profesorado y en el Ministerio y, sin embargo consideró indigno recibir sueldo sin estar en servicio.

Retirado de la vida pública el eminente ciuda-



dano, hizo algunas clases particulares de Economía Política, a las que asistieron respetables abogados y economistas.

Sotomayor Valdés era, como Zorobabel Rodríguez, un librecambista. Sobre este tema escribió sus mejores artículos cuando fué redactor principal de *La Unión* y de *El Porvenir*.

El 4 de Julio de 1886 la Academia Chilena, entonces recién organizada, lo designó miembro de número, justo premio para el egregio historiador que ya estaba consagrado por la crítica mundial como el primer estilista de los escritores chilenos. La Real Academia de Madrid, a propuesta del Marqués de Molins, lo eligió, poco después, académico en la clase de correspondiente extranjero, según consta por carta fechada el 5 de Noviembre de 1886, que está firmada por el Secretario de la Real Corporación don Manuel Tamayo y Baus en la cual se le dice «que al designarlo académico sólo han querido dar testimonio de apreciar justamente sus conocimientos en lingüística y letras humanas».

En 1896 dió a luz la «Campana contra la Confederación Perú-Boliviana», que aparece también en el tercer tomo de su Historia de Chile, publicado en 1902. Esto es lo más completo que se ha escrito sobre la Guerra contra la Confederación. Los retratos de Santa Cruz, del Almirante Blanco Encalada y de Irisarri están trazados con arte y con admirable franqueza. Su lectura despierta entusiasmo y nos confirma una vez más lo que dijo Justo Arteaga Alemparte cuando tuvo la feliz

idea de comparar el estilo tan rico de Sotomayor Valdés con el de Tácito.

Señores, ya hemos llegado al ocaso de esta larga y brillante existencia. El noble anciano vivió sus últimos días olvidado de sus amigos y en la mayor pobreza, sin tener ni siquiera un hogar donde exhalar su último suspiro.

Asilado en casa de una familia amiga, murió después de una breve enfermedad el 15 de Julio de 1903, cuando escribía los últimos capítulos del cuarto tomo de su Historia de Chile.

El insigne historiador pudo haber dicho al morir cómo don Marcelino Menéndez y Pelayo: «Siento morir ahora que tenía tanto que hacer».

Señores, en nombre del Ateneo de Santiago agradezco la gentileza que habéis tenido, en acompañarnos a honrar la memoria del gran artista y ejemplar ciudadano.

He dicho.